

Culpable Carrusel

Las campanas sonaban, como siempre lo hacían cuando una misa estaba por comenzar. Corrí de vuelta y me alejé de ese deseado y costoso carrusel que tantas tardes había ido a visitar, para asegurarme de que seguía ahí, sin llamar la atención de algún transeúnte y así poder dormirme tranquilo, pensando en que algún día podría ser mío. Escuché que sus cuatro caballos relinchaban a modo de despedida mientras giraban con la hermosa música escondida en su interior.

Al llegar a la iglesia me di cuenta de que mucha gente vestida de negro estaba entrando. Con esta estatura puedes fijarte en detalles que los adultos no pueden, como por ejemplo, los zapatos que usan. Los de esta gente eran caros, lo sé por lo lustrado de los hombres y por los adornos brillantes en los de las mujeres. Miré los míos, sucios y gastados, los únicos y mismos de siempre, pero no me importaba, con ellos había hecho siete goles en un mismo partido, no quería por nada del mundo deshacerme de unos zapatos así de buenos.

Corrí a la puerta trasera de la iglesia evitando a la multitud para llegar donde me estaba esperando mi padre. Era nuestro lugar de encuentro, siempre antes de que comenzara una misa nos reuníamos ahí. Al llegar lo vi; antes destacaba por su altura, pero ahora con su trabajo que lo obliga a estar horas encorvado, la estatura dejó de ser algo notable. Su usual camisa gris, que en algún momento de la vida fue blanca. Zapatos más gastados que los míos, manos callosas por el uso de la escoba y lavado de pisos, abundante cabello negro, a diferencia del mío que era notablemente más claro. Lo abracé fuertemente y sacando un pedazo de pan de su bolsillo me lo pasó con una sonrisa. Me lo eché a la boca y miré por una rendija de la puerta para ver qué pasaba adentro. Las señoras lloraban y los hombres tenían una cara neutral, menos uno al que pude ver en su intento de limpiarse una lágrima de manera desapercibida. Me dieron ganas de abrazarlo y darle un pedazo de mi pan, pero ya no me quedaba.

-¿Por qué lloran papá?- pregunté sentándome a su lado.

-Lloran porque no saben cómo hacer para quedarse con la mayor parte de la herencia que dejó el hombre que murió, ese que está en el cajón-

-¿No lloran porque murió?-

-No, las personas como ellos solo se preocupan de pensar en qué van a seguir gastando el dinero que tanto les sobra- dijo con disgusto.

-Mmm, yo me compraría el carrusel de la tienda, y después mucho pan para comer 10 veces al día- cerré los ojos imaginando todo lo que le decía.

-Eres muy soñador, hijo mío- dijo mi padre. Abrí los ojos y noté que en los suyos abundaba la tristeza.

Antes de que pudiera decirle algo para hacerlo sentir mejor, salió el jefe de mi papá por la puerta trasera. Le dijo que la gente ya se había ido y que podía empezar a limpiar.

Mi papá trabaja aquí desde hace unos 5 años, no sé si es un trabajo realmente, puedo tener pocos años pero sé que los trabajos se pagan con dinero y a mi padre solo le dan a cambio pan, el que además compartimos con la señora que duerme cerca de nuestro lugar.

Entramos a la Iglesia de la mano y volví a tener esa sensación de paz pero a la vez de temor, los techos altos y la cantidad de cosas doradas que abundan ahí dentro me atemorizan un poco y me causan respeto. Fui a buscar un trapo y me acerqué al ataúd donde estaba el señor de la herencia. Para mi sorpresa estaba abierta y a través del cristal pude ver su pelo canoso, su bigote bien cuidado y las arrugas marcadas en la frente. Debió haber sido un hombre serio, pensé.

Mi papá se acercó para cerrar el cajón, pero se detuvo y se quedó mirando fijamente las manos juntas del señor. Me puse de puntillas para mirar lo que había llamado la atención de mi padre y lo vi: Un anillo enorme y dorado, con una piedra roja en el centro, protegida por unos arcos de plata. En los otros dedos no tenía nada, con ese anillo era suficiente. Me giré hacia mi padre para preguntarle qué clase de piedra era esa pero callé al verlo con una expresión que nunca antes le había visto, no se si de preocupación, emoción...o deseo. Antes de poder seguir analizando su rostro, despertó de su transe y con un golpe seco cerró el ataúd, se dio la vuelta rápidamente y siguió barriendo. Siempre que limpiábamos me contaba alguna historia de su niñez, como cuando jugaba con sus hermanos o compraba helados los viernes por la tarde, pero esta vez no hubo historia, el silencio era lo único que escuchábamos.

Estábamos a punto de salir de la Iglesia, pero mi padre se detuvo para hablar con su jefe apartándose a propósito de mí. Mi padre nunca me ha ocultado cosas, este hecho hizo que me acercara despacio para escuchar lo que hablaban.

-¿...a las 8:00 dices que se lo llevan?- preguntaba mi padre mientras jugaba nervioso con sus manos.

-Sí, para llevarlo al cementerio- dijo su jefe. Luego se dio la vuelta y entró por donde había salido.

Mi padre se acercó a mí con cara pensativa pero no dijo nada, supuso que no había escuchado la conversación, y ojalá hubiese sido así realmente; ahora no podía sacarme de la cabeza ese extraño interés. Seguimos caminando en silencio, cuando de pronto mi padre tropezó con una piedra y casi cae al piso, hice intento de atraparlo pero me detuve cuando vi asomar debajo de su camisa un manojito de llaves, las que reconocí de inmediato: eran las llaves de la iglesia. Saqué la mirada rápidamente para que no se diera cuenta de lo que había visto y le sonreí en un intento de pasar desapercibido. Le pregunté si estaba bien y seguimos caminando, ahora de la mano.

No le di más vueltas en mi cabeza al tema de las llaves, mi papá siempre sabe lo que hace, probablemente su jefe se las encargó para que las cuidara y por eso no me contó nada, porque era una misión secreta solo para gente capaz. Con esta idea en la cabeza sonreí más tranquilo, borré la idea de que mi padre hubiese robado esas llaves y seguimos nuestro camino.

Llegamos a nuestro lugar mágico al que llamamos casa, pero antes de entrar me quedé admirando lo realmente lindo y distinto que era del resto. Nuestras sábanas que colgaban en modo de ventana eran de colores, no oscuras como las otras, nuestra puerta tenía un dibujo de estrellas que había hecho con mi padre hace unos años con unos crayones que encontré afuera de la iglesia. El piso era de tierra, algo que me encantaba, podía dibujar en él cuando quisiera, menos en invierno; con las lluvias el jefe de mi papá nos permitía dormir bajo el techo de la iglesia. Pasábamos frío, pero abrazados todo era mejor.

Desperté de mi transe soñador y entré a la casa dando un suave cariño al perro que dormía afuera de nuestra puerta.

Estaba oscureciendo así que me preparé para dormir. No tener luz eléctrica te da ese tipo de beneficios, duermes temprano y despiertas sin sueño. Las velas no eran una opción, el miedo de que se nos dieran vuelta y quemaran nuestro lugar mágico era algo que nos aterraba a los dos. Me lavé la cara y me acosté sobre el heno.

-¿Está todo bien papá?- pregunté mirándolo fijamente. Caminaba de un lado a otro, jugando nervioso con sus manos, rascándose la cabeza y sin dejar de mirar el piso.

-¿Qué?- Me miró con sorpresa, como si mi presencia no la hubiese notado antes -Sí hijo- suspiró -mañana todo estará mejor, te lo prometo- Se acercó a darme un beso en la frente y se acostó a mi lado cerrando de inmediato los ojos. Hice lo mismo.

A la mañana siguiente me desperté con el canto del gallo de una de las vecinas. Ya sentado, bostecé y giré la cabeza para despertar a mi padre, pero él no estaba y me di cuenta de que sus pocas cosas tampoco. Busqué las llaves de la iglesia por todo el lugar, pero no estaban. Me dispuse a salir a buscarlo cuando vi algo de pequeña estatura en una de las esquinas de la casa, cubierto con una sábana. Me acerqué, saqué la sábana y me encontré con el hermoso carrusel de la tienda.

Lo tomé en mis manos, entendí todo y en vez de sonreír, lloré.